

y cruzaba a nado, y en tinieblas, los ríos poblados de fantasmas, en cuyas ondas gime de noche el alma de los ahogados. Tenía una imagen protectora que le profetizaba las desgracias y le preservaba de los peligros. Muchas personas le sorprendieron encendiendo velas al extraño fetiche, sobre la tumba de un suicida.

¡Cuántas veces, sentado a la vera del fogón casero durante las largas veladas invernales, el abuelo relató la vida del *Isleño*! Bien lo recordaba Ana María! Mientras la voz del anciano, temblorosa como la llama del hogar, perfilaba al bandolero generoso y bueno, dilatábanse de sorpresa las pupilas de los niños, y las mujeres trémulas, vibraban de amor.

II

Carlos, columpiándose en la hamaca atada por los extremos a los naranjos, fuma perezosamente, arrojando grandes bocanadas de humo. Una brisa fresca orea su frente. Los metales del sol hierven en el gran cofre de los cielos. Las palmeras lejanas agitan levemente sus penachos, sobre un fondo incandescente. Sus troncos semejan esbeltas columnas de plata y sus hojas resplandecen como espejos.

Aquella ardiente siesta de enero sumía el cuerpo en sensual mollicie. El reposo avivó la imaginación, y Carlos pensó en la capital, la ciudad lejana y amada, cuyos menores detalles aparecieron vivísimos en el recuerdo. Pasaba las vacaciones en la paterna estancia, distrayéndose de sus ocios con Ana María, cuya ingenua pasión, sin remilgos ni coqueteos, le retenía más de lo debido en el campo. Nunca soñó encontrarse, en esas soledades, con aquella campesina de formas venustas, cuyas piernas nerviosas, firmes y ágiles, recordaban las de Diana la cazadora.

De pronto divisó en las lejanías, uno como árbol andante. Pudo distinguir, pasado un momento, un jinete que galopaba bajo el fuego solar, en dirección a la casa. Traía el sombrero cubierto de ramas y la cabeza del bruto perdida bajo un montón barnizado de hojas verdes: pintoresca coraza que defiende, al hijo de los campos, de las flechas del sol.

El desconocido, encabritando el sudoroso corcel, se detuvo en la tranquera. Ana María, con quien habló un instante, entró en el cuarto y regresó con una calabaza llena de agua. El jinete bebió largamente, a grandes sorbos, y en seguida se alejó de la casa al lento trote del caballo.

Minutos después, en la hora del mate, Carlos indagó el nombre del visitante, sin obtener respuesta de Ana María, cuya mano oprimía entre las suyas. A sus palabras, la cebadora, sonrojándose, bajó los ojos, y con la cabeza inclinada sobre el pecho como una flor doblegada al soplo de los vientos, trazó sobre la arena vagos signos con el pulgar del pie. Carlos rehusó un tercer mate, sonrió satisfecho, cerró perezosamente los ojos y quedó adormecido. La próxima madrugada había de regresar a la ciudad.

III

Con las sombras del crepúsculo se esparció sobre los campos y los montes frescura deliciosa. La noche estaba plácida, sembrada de estrellas y luciérnagas. Cautelosa, Ana María se alejó de la casa, siguiendo un sendero extraviado que la condujo hacia la selva. Envuelta en blanco manto de algodón, parecía un leve fantasma de aquellos lugares, el buen genio nocturno que, bajo la luz de la luna, fecunda las flores y madura los frutos. Recorrió largo espacio, hasta encontrarse con otra andante som-

bra. Era el *Isleño*. Había, durante la siesta, llegado a la estancia, para combinar la cita con Ana María. Colgó de una rama un porongo ovalado y prendió dentro una vela, cuya llama arrojó viva luz por los intersticios practicados a punta de cuchillo en tan raro fanal. Parecía aquello, a la distancia, una calavera. La cuenca vacía de los ojos y la cavidad bucal fosforecían. Seguro de ahuyentar con el macabro fantasma a los solitarios transeuntes de la vecina carretera, habló, con voz temblorosa de celos:

—Ana María, sabe que la mujer del *Isleño* no puede ser de otro, te dije una vez.

Ella, sollozando, le contó su desventura. Creyó en el amor de Carlos y fué engañada. El burlador estaba por regresar a la ciudad.

—No me desampares—gimió.

El *Isleño* le aplicó una bofetada.

—Hube de brindar con tu cuerpo a los voraces cuervos—gruñó, lleno de cólera—pero prefiero dejarte como el otro. ¡Del *Isleño* nadie se burla!

Desenvainó su daga, cuya hoja refulgió a la luz de la luna, y en un gesto brutal cortó la doble trenza de la querida. Y con aquel trofeo en la mano, ya serenado el espíritu, arrojó a los vientos un grito casi musical, montó en su corcel y se alejó bajo la serenidad de las estrellas.

—¡No me dejes! ¡No me dejes!—gemía la abandonada.

J. NATALICIO GONZÁLEZ.

Un estante de obras escogidas

En la Administración del "Repertorio Americano" se venden las siguientes:

Kahlil Gibrán: <i>El loco</i>	1.00
Paul Gerald: <i>Tú y Yo</i>	1.00
Homero: <i>Ilíada</i> (2 tms., pasta).....	6.00
Tolstoi: <i>Los Evangelios</i> (1 tom. pasta).....	3.00
Dante: <i>La Divina Comedia</i> (1 tomo pasta).....	3.00
Plutarco: <i>Vidas Paralelas</i> (2 tomos pasta).....	6.00
Platón: <i>Diálogos</i> (3 tms. pasta).....	9.00
Fray Luis de León: <i>Poemas originales</i>	1.25
B. Contreras: <i>Antología de poetas italianos</i>	0.75
Eurípides: <i>Tragedias</i> (un tomo, pasta).....	3.00
Tagore: <i>Jardinero de amor</i>	2.25
Bolívar: <i>Discurso en el Congreso de Angostura</i>	1.50
Homero: <i>Odisea</i> (un tom. pasta).....	3.00
P. Henríquez Ureña: <i>Mi España</i>	4.00
Alfonso Reyes: <i>Los dos caminos</i>	2.50
Ml. Magallanes Moure: <i>Florilegio</i>	2.00
Isaías Gamboa: <i>Flores de Otoño y otros poemas</i>	2.25

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.

De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación,
Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCIA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

La entrega.....	0.50
El tomo (24 entregas).....	12.00
El tomo (para el exterior).....	3.50 oroam.
La página mensual de avisos (4 inserciones).....	20.00 >>

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.